

Pregón de la Semana Santa



- Alfredo Martínez Almécija -



Con la venia, Señor Presidente.

Excelentísimo Señor Alcalde de la Ciudad de Almería, Muy Ilustre Señor Consiliario de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de la Agrupación de Hermandades y Cofradías, Excelentísimo Señor Subdelegado del Gobierno, Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades civiles, religiosas, militares y académicas, Señores Hermanos Mayores y Dignísimas representaciones de las Hermandades y Cofradías de Almería, Estimados hermanos, señoras y señores, amigas y amigos.

Mi mayor reconocimiento, en primer lugar, al llustre Coronel del Ejército, Don José Andrés De Sande Temprano, por la exquisita y bondadosa presentación que sobre mí ha aderezado. Gracias muy sinceras.

Y puesto ya a consignar, a cada cual, el tributo de gratitud que le incumbe, he de corresponder a la enorme distinción que suponer ser pregonero oficial de la Semana Santa de Almería. Como tal, pues, entiendo que debo, sin más dilación, cotizar con mi agradecimiento infinito, por el honor que se me ha otorgado. Gracias, pues, por haberme designado para este cometido, a la Junta Directiva de la Agrupación de Cofradías, especialmente al Señor Presidente Don Rafael Leopoldo Aguilera Martínez, que tan dignamente la representa.

Supongo que algún espíritu crítico habrá reprobado, con autosuficiencia o menosprecio, que el Rector de la Universidad, el reino de la razón, se mezcle en cuestiones de fe, sobre todo cuando ellas implican asumir la designación de Pregonero de unas manifestaciones de religiosidad popular; expresión que se pretende confundir con la ignorancia o la simpleza, con el fanatismo o el fundamentalismo, con la superstición o con cualquier otra patología de la fe; el cristianismo de masas se ve muchas veces como algo para ingenuos, que no merece mayor detenimiento de un intelectual que se precie.

Ante tal postura, se me vienen a la mente los versos de Amado Nervo (Serenidad):

Cristo, la ciencia moderna te arroja sin compasión de todas partes; ino tienes donde residir, Señor! Las teorías positivas, y la experimentación materialista, no dejan orbes a Dios.

Es cierto, así ocurre muchas veces. Pero desatinan esos críticos, creyentes o agnósticos, que de todo hay, más siempre empingorotados. Y desatinan por más de un motivo:

\*primero, porque tenemos la promesa de contar con el reino de los cielos si nos hacemos ingenuos como críos;

\*segunda, porque la piedad popular es sencillamente el fervor del pueblo; esto es, se desarrolla en los parámetros del común de las gentes, con ademanes y modos ajustados al entorno cultural, con gestos propios de la vida familiar, o acordes con el ámbito gremial. Por



este motivo, todos sostenemos en algún ángulo nuestro, por recóndito que sea, una chispa de religiosidad popular.

\*y tercero, porque la ciencia más moderna, que Amado Nervo por su muerte prematura no llegó a tratar, es propicia a la fe, y les vale a muchas personas para no poner en tela de juicio que Dios existe.

Sin salirnos de la más pura ciencia, conocimiento tan próximo a mi condición de matemático, recordad, por ejemplo, los planteamientos de Einstein al afirmar que Dios no juega a los dados, corrigiendo así la exégesis de la mecánica cuántica de Niels Bohr; planteamientos matemáticos que inducen, al sabio de la relatividad, a un misterio que la ciencia no cancela, sino que se acrecienta con ella; tal es el misterio de que los principios matemáticos explican el mundo material, pero a la vez señalan que algo, una armonía superior, puede que divina, está ahí, aunque escape inaccesible a la expresión matemática.

Recordad, asimismo, las sugerencias de Stephen Hawking, en su "Historia del Tiempo" (1988), libro en el que el análisis sobre la cuestión física del inicio de la realidad creada, lo instruye con toda una meditación sobre el tema de Dios; de forma que el Big Bang inaugural le hacer ver que la ciencia no lo explica todo, y le resulta tan incómodo que le pone en trance de repudiar su gran hallazgo: "no quiero que haya Big Bang - decía-, porque entonces le doy una oportunidad a Dios"

Recordad, por último para no cansaros, el mensaje de George Smoot, profesor de astrofísica de la Universidad de California, tras analizar los datos aportados por el satélite COBE, explorador del Fondo Cósmico, en relación con la gran explosión que originó el universo: hemos hallado el eslabón perdido –manifestó-, la evidencia del universo y de su evolución. Para una persona religiosa es como conseguir ver a Dios...; es absolutamente asombroso y espectacular pensar en todo lo que significa. Hemos podido vislumbrar el momento de la Creación" (ABC, 1005-92).

Esto es importante, desde luego. Sin embargo dejadme que os diga, a la puerta de nuestra Semana Santa, con Cristo clavado, desnudo, humillado, torturado, befado, derrotado... - jesta es la fuerza de la dialéctica!-, permitid, os digo, que llame la atención sobre el peligro de esas conclusiones de la ciencia moderna, porque el Dios que de ellas se deduce es una exclusiva fuerza energética, dotada de inteligencia pero carente de voluntad, que es la que define el misterio de la encarnación de la Semana Santa, que no hallan cuenta fuera del amor.

Es importante, repito, que la moderna ciencia cosmológica nos lleve a Dios. Pero ese Dios racionaliza, no es un Dios de amor, providente y personal, como concierne a la divinidad de Cristo Jesús, que nos hizo personas, que nos redimió, que nos atiende personal e individualmente en vida, y nos cobijará del mismo modo en el día de nuestra muerte, porque con su resurrección demostró, como rememoraremos estos próximos días, que podía con ella. Por eso sabemos que al morir, cada uno de nosotros no se evaporará en una mera disolución energética.

Consecuentes con esto, es decir, porque la ciencia no basta, me acojo a la fe, sin prejuicios, sin creerme mejor ni más ilustre, o ilustrado, que la gente sencilla. Sólo porque veo,



según se expresó Lope de Vega, que

"... si los ojos a tu cruz levanto eres el arte más seguro y cierto. ¿Pero cómo, clavado, enseñas tanto?. Debe de ser que siempre estás abierto, joh Cristo, oh ciencia eterna, oh libro santo!"

Todos vosotros, amigos, sabéis que la Semana Santa es la semana grande de Almería, en la que se vuelca la población entera. Nuestra Semana Santa articula la religión del pueblo, reiterada en las entusiastas y a la vez devotas procesiones valedoras de la fe del gran público, y confirmada en el culto ferviente que las cofradías rinden a sus imágenes, y sobre todo en la fuerza emotiva de advocaciones tan sugerentes como el Cristo de la Escucha, que calla y oye, sin que jamás dé la espalda, abriendo siempre su atenta providencia; advocaciones tan inspiradoras como la de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, omnipotente arreglo de nuestras indigencias; o como el Cristo de la Salud panacea para nuestras carencias físicas y espirituales; o como la del Cristo del Perdón, que nos descarga de nuestras miserias; o como la del Cristo del Amor, solución a todos los males.

Sabéis además que en Semana Santa, siempre junto a Jesús dolorido y dadivoso, y siempre junto a nosotros, presumidos y necesitados, aparece la Bienaventurada Virgen María, la mil veces invocada de mil distintas maneras: María Santísima de los Desamparados, o de las Angustias, o de los Dolores, o de la Amargura, o de la Soledad, o María de la Esperanza, del Amor, de la Merced, del Consuelo, y tantas otras irisaciones suyas que nos atienden y confortan.

En nuestra Semana Santa almeriense, pues, hay indudable peso religioso, enraizado profundamente en nuestra cultura, que no se agota en un trivial folklore; en ella se hace ostensible el Misterio por antonomasia; en ella, se recuerda cómo Dios eterno, creador de la vida, perece pendiente de una cruz, acorralado por múltiples dolores; cómo el pecado, por el que Dios muere, se muda en culpa feliz, porque ocasiona la redención de toda la humanidad; cómo la tristeza del orbe se transforma en contento y consuelo del género humano, al verse por fin absuelto; y cómo María, la Madre de ese Dios que termina por morir, aunque llorosa, aguanta firme a pie firme, y no rebaja su fe en Él, ni pierde su esperanza en que resucitará, ni deja de desplegar amor al prohijar y contribuir a la salvación de los mismos individuos que lo eliminaron.

Este es el Misterio, y proclamarlo es, ahora, mi encomienda. Por lo dicho se comprende claramente que pregonar la Semana Santa sea un honor, y que yo haya de mostrarme reconocido y satisfecho, aún sin dejar de registrar la responsabilidad que en mí ha recaído.

Pero, si siempre es una distinción, este año de gloria de 2002 me resulta aún más especial. A los caprichosos de los números – si no a mis colegas los matemáticos- les cae en gracia, por ser capicúa o simétrico; pero para los almerienses, el 2002 es particularmente significativo por cumplirse, en él, el quinto centenario de la arribada a Almería de nuestra



Patrona, la Virgen del Mar.

El veintiuno de diciembre de 1502, "sin barco, ni sin remo, sino sola por la mar", como cuenta Pascual y Orbaneja, alcanzó nuestras costas, a una legua delante de las playas de El Alquián, a la vera de la hoy Universidad. De modo que, si María está siempre presente en nuestra Semana Grande de Pasión, este año, año santo almeriense, lo está mucho más.

Este Pregón, pues, no puede sino tomar cuerpo por razón de la Señora, vigente durante la Semana Santa en un rosario de denominaciones, alguna de las cuales acabo de evocar, y con las que ella garantiza su amor único e inmenso hacia todos nosotros.

No me es desconocida la compleja tarea que me impongo; tengo muy presente mi experiencia ante el Pregonero de la Virgen del Mar del año 1999, que me cupo el gozo de ejecutar; como entonces, sigo pensando que, para un profesor de matemáticas, hablar de María es aún más laborioso que hablar del mismo Dios; para Dios, las matemáticas cuentan con el uno y la trinidad, además de con el signo del infinito en exclusiva, no aplicable a ningún otro ser, incluida su propia madre. Con eso se ha dicho todo. Pero la Virgen, también múltiple en sus gracias, evade cualquier fijación matemática.

Conozco bien, por tanto, este oficio. Pregonar, es hacer público y notorio, alabar en voz alta, las cualidades y virtudes de aquello que conviene que todos sepan. Y es provechoso y bueno que, ahora, todos los almerienses conozcan que se ha llegado al umbral de la Semana Santa de nuestro particular año mariano de 2002. Pero además, quiero que ponderéis conmigo, amigos, otros datos que excitan, a la vez que alegran, mi perplejidad:

**Primero**: ocurre que Cristo, como de sí mismo predicó, es la Verdad; y es la verdad la que, sobre todo, interesa al científico, persuadido de que ella le hará libre, y convencido de que la sentencia del Eclesiastés, "a más conocimiento, más tristeza", es discutible. Y ocurre, consecuentemente, que por ser Madre de Cristo, Verdad y Maestro por excelencia, María es sede de la sabiduría.

Segundo: María, la sede de la sapiencia, será María del Mar, entre nosotros, porque nos llega a través del mar de la cultura, el mar en el que se nos hicieron presentes Fenicia, Grecia, Roma, Cartago, el Islam, y antes Pablo e Indalecio con el cristianismo; el mar en el que germina Occidente y su democracia, que patrocina una noble filantropía, y que propugna el diálogo, con el que se transfiere y difunde civilización y cultura; el mar que bordea nuestra Universidad, de la que la Providencia ha querido hacerme primer Rector, y con ello que sea yo quien rija, hoy por hoy, los destinos de la enseñanza superior en nuestra provincia.

¿Cabe mayor honor que proclamar, como Rector de la Universidad, al Maestro omnisciente, al único verdadero Maestro? ¿Cabe mayor responsabilidad que pregonar, al mismo tiempo, a su Madre, la Reina de la Sabiduría?

Por eso, permitidme, Señora, que encomiende a Vos mi palabra, y a través de Vos a vuestro divino Hijo, para que llegue a mí la inspiración, y ante la dignidad y excelencia vuestra, y ante la de Él, quede mi discurso arrodillado.



Santa María, plena de gracia, llena de fe, de esperanza, y de amor, Santa María del Mar, jruega por nosotros!

Con todo lo dicho, amigos, no puedo componer mi discurso de otro modo que no sea para descifrar, e incluso evaluar, en mi condición de Doctor, de Catedrático, y de Rector, y sobre todo de creyente, las enseñanzas de Cristo, su Madre mediante, en el tiempo venerable de la Semana Santa. ¡Dios me socorra, y sea alabado!

¿Y cuál es esa enseñanza de la Semana Santa? ¿Cuál es la lección de la Cruz? Contigo, Cristo, clavado, desnudo, humillado, torturado, befado, derrotado, como ya te describí antes iqué vigencia, qué actualidad tiene tu ciencia y tu sistema? ¿Cómo resiste el debate y la comparación con las posiciones de los eminentes sabios actuales? ¿Y qué validez, María, tienen tu humildad y tu eterno acatamiento, cuando ese Hijo y ese Dios, en quien pusiste tus esperanzas, expira derrotado?

No podemos permitirnos el lujo de rechazar la posibilidad de que Dios nos hable durante la Semana Santa. Pero ¿cómo?

Cuando Jesús nació en Belén, María lo abrazaba desnudo y lo exponía al aliento del buey y del asno para que se calentara; a falta de otros medios de comunicación, los ángeles, que cantaban aleluya y hosanna, difundieron la buena nueva entre los pastores; mientras, la noticia saltó a las ondas celestes a través de una estrella itinerante, que los sabios de entonces investigaron, y que les permitió emitir un informe de adoración al neonato, con ofrendas de oro, incienso y mirra. Y así, el Verbo encarnado, aunque infante, habló claro.

Treinta y tres años después, aquel Jesús es elevado a la cátedra de la cruz; también están presentes los sabios del momento, los del Sanedrín, que asimismo habían investigado y emitido su dictamen, que en esa fecha fue de muerte; otra vez está sin ropa, pero ahora no le alcanza más aliento que los insultos de la plebe; abandonado por el Padre, oscurecido y cerrado el cielo, ya no suenan cánticos de ángeles; y no hay más regalos que vinagre para calmar la sed, y un lanzazo piadoso para acabar con los sufrimientos. Al final, nuevamente, María, la Piedad, lo ampara y lo arropa con sus brazos.

Ante tamaño contraste, Gerardo Diego, intranquilo por el dolor de María, la interroga (Vía Crucis):

¿Dónde está ya el mediodía Luminoso en que Gabriel Desde el marco del dintel Te saludó: "Ave María"

Y asimismo Lope de Vega, uno de nuestros poetas más atento al drama de la Pasión, perplejo ante tan gran mudanza, pregunta:

"Decid ángeles hermosos: ¿Este es el mismo que vimos nacer de amor abrasado,



## aunque temblando de frio?"

Pues sí, es el mismo, y nada cambió; tan solo todo se ha sublimado. La lección es la misma; fe, esperanza, amor, perdón, paz. Y sobre todo, la lección magistral de que Cristo es el remedio, que es padre providente; que tras el Nazareno y el Crucificado, siempre acompañado por María Dolorosa, o de la Soledad, está la Resurrección y la Pascua.

Así de sencillo, altivos doctores. No podemos creernos que nuestra ciencia nos hace mejores que las almas llanas y campechanas, a las que según Jesús, el Padre desvela con preferencia los misterios de su reino.

Trascendemos, pues, el logos y el mito. Y, por más que la razón o la arrogancia intelectual no pueda entenderlas, en nuestra Semana Santa, prefiero quedarme con las verdades del corazón, en el vagabundaje andariego que marcan el esfuerzo y abnegación de costaleros y penitentes, por calles llenas de tradición, calles abajo como la de Real, o la de la Reina, una y otra vigiladas por la vieja e imponente Alcazaba, y calles arriba como la de Hernán Cortés, o como la de Las Tiendas que late iletrada, o al menos ayuna de librerías, plazas serenas y señeras como la Puerta de Purchena, meollo de la capital, o como la Plaza de la catedral, a la vera de las Puras, prodigioso monumento bordado en piedra, que guarda ese otro monumento humano de solicitud, de silencio, y de fe y oración, que son las hermanas; o como la Plaza de la Virgen del Mar, cuya palmera, sobresaliente sobre los ficus circulares, conserva el aire de viejo palomar que cantara Celia; calles, que nos ocupan el atardecer, para, en la noche, desfilar ceremoniosos y solemnes, por la carrera oficial, a lo largo de nuestro popular Paseo.

Todo ese caminar refleja – según dijo Pablo VI- "una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia: sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción (Evangelii nuntiadi, n. 48). ¿Queréis más lección? ¿Queréis más sabiduría?

Es mérito de San Agustín haber sabido distinguir entre ciencia y sabiduría. La primera, que parece condición inferior, nos lleva al conocimiento racional de la realidad temporal, con una orientación especialmente decidida por la acción. De otro modo la vida inteligente se consumiría en pura especulación. Por su parte, la sabiduría, de índole superior, no implica mera erudición o inteligencia, sino conocimiento intelectivo de la realidad suprema, cuyo fin, para el creyente, es la contemplación de Dios, fundamento de toda verdad y de toda certeza. Hacia esta contemplación debe volcarse la acción. Sólo en la ciencia de la sabiduría puede el ser humano descubrir y apreciar la sabiduría de la ciencia.

Según esto, pues, el hombre sabio es aquel que sabe transfigurar el saber en sabiduría, ya que la ciencia, pulsada por la gracia, orienta la vida humana hacia el sentido verdadero de



su destino, hacia la afirmación de la vida humana en la verdad de su humanidad; que no radica en el sueño utópico del mundo feliz, sino en la promesa del ciento por uno.

La trascendente metamorfosis del saber en sabiduría no sigue la mera química de nuestro organismo animal, ni aunque se le sume el juego de sus sentimientos, ni siquiera conjugándolos con la verificación consciente de profundas hipótesis científicas; sino que obedece a todo ello y además a la acción de la gracia divina. Todo lo cual nos aporta el sentido sistémico y definitivo de nuestra realidad, en el cúmulo de todos sus principios constitutivos. Por eso, también afirmaba San Agustín que, a semejanza de Dios trinitario, somos cuerpo, espíritu y gracia.

Una unidad íntima de cuerpo, espíritu, y gracia, que no existe de modo aislado, por lo que cada uno de nosotros ha de aprender que mora, en el mundo, rodeado de cosas que usa, pero de las que no abusa; sino que convive con ellas en igualdad de excelencia. Y afincada en ese mundo de cosas y personas, conforma el sentido trascendente de todo lo que es y acaece.

Con esta perspectiva, la Semana Santa, momento de gracia, se me antoja como un gran museo de la ciencia y de la sabiduría, que expone al aire libre no sólo la mejor imaginería de la pasión divina, sino también la mejor colección de las especulaciones y de las emociones más humanas. Dios y hombre, Dios que se nos acerca, Dios hecho hombre; el ser humano que asciende hasta Dios; Dios que convive con el hombre, utiliza cosas para mejor servimos — un cáliz, un pan, una cruz, clavos, una túnica-... Todo ello se nos revela en el misterio de la Semana Santa.

Pero es, esta Semana Santa del 2002, un museo, en cuyas salas sobresale siempre María como alianza de unión entre el ser humano y su Creador. Lazos que representan las imágenes de la Dolorosa, o de las Angustias, y de la Soledad, sin que se pierda la Esperanza, ni tampoco Nuestra Señora del Amor. Cuatro títulos que representan las cuatro inquietudes más vitales del ser humano en todo tiempo: dos de ellas inquietantes, la angustia y la soledad; y en compensación, dos de ellas tranquilizadoras, la esperanza y el amor.

Un museo, éste de Semana Santa, cuyo recorrido, al mandato de "Venid en pos de mí" (Mc. 1, 17), lo iniciamos por una **Primera Sala**, en la que se agrupan las imágenes que quedan bajo el epígrafe de la Dolorosa o de las Angustias, como es María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso, de la hermandad del Gran Poder; y Nuestra Señora del Primer Dolor, que acompaña al Santísimo Cristo del Amor; y asimismo María Santísima de la Amargura, la del Encuentro; y las Angustias, que camina junto al Cristo de la Buena Muerte; y Nuestra Señora de los Dolores, la que sigue el Santo Entierro, o la de la Hermandad del Santísimo Sacramento, que, a solas con sus sufrimientos, nombramos Soledad.

Nunca mejor expresado, pues el dolor se sufre siempre individualmente, y su experiencia nos pone de manifiesto la huidiza disociación de nuestra existencia. Por ese vital aislamiento del dolor, la vida puede ya no parecer un obsequio; antes al contrario se traduce en nuestro propio contrincante.



Por el tremendo dolor de María, es tópico, en el arte y en la espiritualidad popular, atravesar su corazón con espadas, y convertirla en abogada amoroso de nuestras angustias. Ya lo profetizó Simeón (Luc. 2,35), "una espada te atravesará el alma"; es decir, atravesará tu corazón y también tu mente estupefacta y trémula.

Por deformación profesoral y de investigador, permite que te pregunte, María, ¿qué es lo que te daña?¿El conocimiento de la pasión que sufre tu hijo, o el recelo sobre la validez o vigencia del Dios que muere en la Cruz, en el más fastidioso de los ridículos?.

Nadie se escandalice de esta sospecha, que sugirió Orígenes, sin duda el genio más grande de la iglesia cristiana griega, fundador y director, en la Alejandría del siglo III, del centro de estudios superiores Didascaleion, primer esbozo de lo que será, con el tiempo, la universidad medieval.

Pues sí. Si una vez Cristo en la Cruz, el propio Padre se aleja de él, hasta provocarle aquel tremendo lamento, aquel severo reproche de por qué se le ha abandonado, ¿qué tiene de extraño especular con que a María le invada algún titubeo, alguna vacilación, que la espada que le atraviesa el alma no sea meramente la que desgarra su corazón de madre, sino que sea sobre todo la que tritura su mente con la duda de que aquel varón de dolores, aunque sea su Hijo, puede ser su Dios?. He aquí la duda como arranque de la ciencia y de la sabiduría.

Pero no, la verdad es que no. No puede haber duda. Tu figura erguida, María, firme al lado del crucificado, con entereza sin par, sin desmoronarse, nos prueba que tu amor no tiene fallo, que tu esperanza no se agota, y que tu fe sigue inquebrantable.

Tu estampa es todo un asidero para el deprimido. El pensamiento más vigente y popular, durante gran parte del siglo XX, se preocupó por la angustia del ser humano, en cuanto su existencia auténtica no se agota en el mero hecho de vivir; que es un todavía — no permanente, por lo que implica un esfuerzo continuo por ser-siempre-más. El meollo de la vida, decía el pensador George Simmel, estriba justamente en anhelar más vida.

El ser humano es inquieto, a causa de su libertad que le permite escoger entre las diferentes posibilidades que se le presentan en su camino. Esta es su nobleza y su excelencia. Pero al mismo tiempo, es la fuente de su angustia, a causa de la inseguridad de la decisión, a causa de la duda sobre donde estará el acierto. Trágica situación, si no existiera la creencia. "Sin la fe no tiene sentido el riesgo", afirma con evidente acierto Kieerkegard, el iniciador de ese talante de pensamiento.

Así pues, cuando se nos hace presente la Virgen de las Angustia, tenemos ante nosotros una advocación de total actualidad, con la angustia en el rostro, pero serenada por su fe; con la realidad de la pasión de su Hijo, derrotado, muerto, acabado, gritándole en contra de todas sus convicciones, pero con la confianza desmintiendo la propia realidad. Es el crédito seguro que le acompañó en todas sus angustias, y le permite mantenerse en pie al lado de la cruz.



La firmeza de María en el dolor nos da fuerza para pasar a la **Segunda Sala**, toda ella dedicada a la Soledad. Pues ya lo he dicho antes, el dolor nos hace patente nuestra individualidad, y nuestro aislamiento.

Y tan sola está María que sólo la rodea el silencio. Pero así como la fe únicamente se hace firme en las angustias, y la luz tan solo brilla en medio de las sombras, el espíritu exclusivamente se eleva a través de la quietud. Se tiene miedo a la soledad, porque tras ella afloran los rincones desconocidos del alma. Porque es callada y rechaza los ecos engañosos. Pero arrimado a ella, cada uno descubre la verdad de sí mismo; sus impulsos, su escasez, su humor dañado, sus exigencias a Dios.

Y con la Soledad, el silencio. Quienes temen la soledad o el silencio se mueven por impulsos, faltos de paciencia, y quiebran o maltratan el sigilo de la naturaleza, sea monte o sea mar. Ahora que se nos adentra la primavera, comprobamos que las plantas reverdecen modosas, que el almendro florece sin bulla que la vida se renueva discretamente, y que, en la Semana Santa el Verbo se hace silencio.

En el proceso ante el Sanedrín, ante Herodes, ante las torturas por la calle de la Amargura, ante los insultos de la plebe, "Jesús callaba". Y mientras, templada y modosa, María lo guardaba todo en su corazón. Es el elocuente silencio de Dios.

Esto lo revivimos, cada Martes Santo, al pasar el santo Cristo del Perdón, entre nubes de incienso, y con los sones sordos de tambor, que circunvalan la mudez y sugestión de Almería.

Luego llega la tarde del Viernes Santo, con el cortejo oficial, que asiste callado al Santo Entierro, e impone siempre mayor circunspección. Tras el duelo, María queda sola, a fuer de desolada. Es obvio que Juan y las piadosas mujeres la acompañarían a cada. Pero con el muerto y enterrado, ninguna otra compañía le aprovecha a una madre. Poco a poco los ruidos y las voces cesan en la calle; los niños, que jugaban en las aceras, se han retirado a sus moradas; son los niños de otros, Señor, aunque ahora, por tu última voluntad en la Cruz, también son de María la Virgen. Pero, cansados, no están con ella. Mal que bien, y antes o después, Juan y los demás también descansan.

Recogida con su dolor, Dolorosa, queda una mujer de mediana edad, hecha al trabajo humilde, y con un corazón designado para el mayor amor. Y hela, aquí, ¡Santo Dios!, sola. El silencio es agrio, y la soledad aplana. Ya lo ha dado todo, porque Tú se lo exigiste; no dudó; nunca duda. He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Tú mandas. Es turbador y angustioso gozar del mayor cariño del mundo, y tener que hacer entrega de él. Acongoja no dejar nada para una misma, por darlo todo a los demás.

¡Oh Dios!. Ahora que el mundo está en silencio, escúchanos. Ahora, Señor, en estos momentos, mientras todo calla, y al corazón de María le lacera la desabrida soledad; mientras



sus débiles espaldas de mujer cargan con las exigencias de consuelo, de paz, de alivio, y de amor del mundo entero, déjanos admirar contigo cómo ella, aunque llorosa, sigue siempre fuerte, siempre dócil, siempre Madre, repitiéndote, con tranquilidad y lucidez, su oración favorita: "hágase en mí, según tu voluntad". Pero a cambio, Señor, dale al mundo cumplida satisfacción en esos deseos de paz y de amor.

El horror se nos va haciendo diario con el terrorismo, con el maltrato, con la explotación, y con tantos otros disparates o despropósitos, que impactan nuestra mirada, y atrofian nuestro cerebro hasta la asfixia, hasta tal punto que perdemos el significado de la desgracia, y el objetivo de la vida, que solamente puede recuperarse de un modo: a solas, para captar el sonido más suave y llano que Dios inventó para el ser humano: el silencio. Y sobre todo el silencio de la paz.

Y con el silencio, la verdad de Dios, y la verdad de uno mismo. Sin silencio corremos el riesgo de no encontrarnos, de no ser nosotros mismos, ante la imposibilidad de distinguir entre el yo propio y lo mucho que se le impone, o se le manipula. Sin soledad no hay silencio, y sin éste no hay libertad. Sólo en silencio y soledad es posible el encuentro consigo mismo, para establecer criterio, para poder decir, para poder escoger.

La paz, la reflexión, la investigación o el conocimiento profundo sobre el ser humano, el porqué de su dolor, cuál sea el valor de las cosas que le rodean, cuál es el significado del mundo, así como del bien y del mal, que en él encontramos, cuál es el misterio de Dios, únicamente puede descubrirse a través de la soledad y del silencio. Sólo mediante ellos, se nos revela que las dificultades, las contrariedades, las dudas, las complicaciones, los problemas, constituyen realmente la vida, porque la felicidad no es un destino, sino una ruta, una trayectoria, un camino. ¿Acaso no dijiste también tú yo soy el camino?.

El ser humano necesita y busca el silencio a diario, y en múltiples momentos. En el estudio, en la noche, junto al sagrario, en medio de la naturaleza, mar adentro, montaña arriba, en el interior de su casa, o irrumpiendo en la umbría de un jardín. Sólo el silencio y la soledad nos acercan a las verdades definitivas de la vida y del ser. Mas con demasiada frecuencia ocurre que extraños arrebatos contraculturales dificultan la labor a causa de estridencias de todo tipo, de facundas y desarregladas agitaciones, o de desaforadas manifestaciones. Así la vida se encadena a la superficialidad, sin preguntas trascendentes, sin respuestas sensatas, sin confianza, carente de verdadera ilusión, y distante de Dios.

Lo que nos obliga a acelerar el paso para traspasar las puertas de la **Tercera Sala**, dedicada toda ella a la esperanza.

En esta estancia, reside María Santísima de la Estrella, de la cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de las Penas, la cual guía, y da fuerzas, ánimo y esperanza para seguir la travesía de nuestro destino, que no se nos da ya hecho, sino que cada uno de nosotros ha de ir construyéndose; por eso necesitamos buena suerte, que entre nosotros equivale a decir buena estrella, que únicamente obtiene quien se esfuerza en buscarla. Junto a la Virgen de la Estrella,



luce María Santísima de los Ángeles, de la Hermandad de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Misericordia en su Crucifixión, emisaria de la buena nueva de esperanzada misericordia. Como asimismo la Esperanza Macarena, asociada a Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, y también a Nuestra Señora del Amor y de la Esperanza de mi amada y Universitaria Hermandad de Estudiantes.

La esperanza necesariamente tiene que ver con algo que se ha convertido en otro de los grandes asuntos de nuestro tiempo: el futuro del ser humano. La inquietud por la infancia, el desencanto de la juventud, su destino, la depresión de los ancianos, la zozobra del adulto, la crisis económica y moral, las dificultades de salud o de trabajo, la delincuencia, la inseguridad... Al afrontar todo esto ¿cabe la esperanza? Pero ¿cómo abordarlo sin esperanza?.

El ser humano es un viviente de pretensiones y anhelos, no siempre fáciles de colmar; no obstante, en su figuración anticipadora del futuro, nunca deja de anidar la esperanza. Somos seres extrañamente equipados para esperar lo posible, y aun lo deseable, y por eso los únicos capaces de prometer, aunque apostemos tantas veces del cumplimiento de nuestra promesa.

El sumario más exacto de la proyección vital del ser humano es que, viviendo el presente, se orienta al futuro; pero de éste, únicamente se puede esperar lo que aún no es, aunque sólo es lícito esperar lo que es posible; como antes señalé, del todavía – no al sersiempre-más.

Al esperar concierne un previo avance del futuro anexo a un proyecto concreto, en absoluto meramente teórico. El porvenir es el siempre esperado ámbito de la plena realización personal; lo que provoca, en cada uno de nosotros, emociones, preocupaciones, anhelos y afanes, que compilamos en la palabra destino.

Esta dialéctica vital, nos lleva, en primer lugar, a la espera, que, si paciente y activa, no será desesperada. Es decir, se nos hace presente alguna luz, la posibilidad de salir a flote, la convicción de que aún hay porvenir.

Es lo que nos quieren indicar el nombre de María Santísima de la Estrella, que ilumina y orienta; el de la Virgen de la Esperanza, por quien de modo consciente buscamos activamente la salvación; y el nombre de Santa María del Mar, que nos ayuda emerger y progresar en la singladura de la existencia, como allá en el siglo XV loaba ya Fernán Pérez de Guzmán (El Ave María trovada):

"Ave, preciosa María, que se debe interpretar trasmontana de la mar que los mareantes guía"

Con la esperanza por norte, el futuro se presenta pleno de sentido; es más, gracias a



ella se tiene futuro, y el ser humano desea vivirlo sin ninguna duda, como en una tierra de promisión, en la que poder desarrollar los valores que le ilusionan. Por la esperanza de la futura resurrección se sobrelleva la cruz del presente, y nosotros humanos amortizamos, además, las dudas, los errores, y las deserciones del pasado.

Cuando Jesús, el Maestro, inicia su enseñanza pública, se implanta la esperanza en la existencia del creyente, puesto que se le anuncia la venida del reino de Dios, y al mismo tiempo se le asegura que, tras la muerte, su destino está en ese reino. Por eso San Pablo alienta para no contristarse como aquellos que no tienen esperanza (I Tesalonicenses, IV, 13).

Pero ¿por qué perseverar fieles al Crucificado vencido? Bien sabido es. Por la incuestionable lealtad de su palabra, que es sagrada palabra de honor. Por eso, jamás dejó de cumplir sus promesas y pudo decir de sí mismo "y soy la verdad". Este es el fundamento definitivo, la categórica garantía de que podemos creer en Él, y esperar en Él, y de que su lección no tiene vuelta de hoja, ni siquiera para un científico.

Y otra vez, el ejemplo de María. Desde el primer momento de su maternidad divina, le cupo la expectación del paro, que no es otra cosa que la espera esperanzada en Ti, Señor, su Hijo-Dios. Tanto espera de Ti, Señor, que a veces se precipita, y se adelanta:

- Id y haced lo que Él os diga.
- Pero si aún no ha llegado mi hora.

Ella sonríe con su mirada, tan dulce, que hasta consigue adelantarle la hora a Dios. Y se produce el milagro. Tanto espera en Ti, Señor, que es capaz de soportar en pie su inmenso dolor, porque, al fin y a la postre, en tres días acaecerá el retorno glorioso, pues también, en esto, está tu palabra, "yo soy la resurrección y la vida". El que, por mí, pierde su vida, la ganará. Y esto vale también para Dios-Jesús, que tras morir, alcanza la vida definitiva de la Resurrección.

La palabra de Jesús es tan segura que hasta los judíos, que no le aceptaron, la creen, por lo que, a pesar de haberle dado muerte le pide, desesperados, a Pilatos guardas para el sepulcro, no vaya a cumplir su promesa y resucite...

La desesperación, que es fruto de la falta de fe, siempre trae como consecuencia el temor y la violencia. Y al contrario ¿cómo esperar, sin amar lo que se espera? Por eso, la consecuencia natural de la esperanza es invariablemente el amor, como muestra esa preciosa imagen de Castillo Lastrucci, que aúna las dos expresiones, y que, el Miércoles Santo, procesionan los Estudiantes.

Con lo que llegamos a la **Cuarta Sala**, la última, de esta magna exposición de nuestra Semana Santa.

En ella, espera piadosa María Santísima de Fe y Caridad, de la Hermandad Eucaristica de Nazarenos de la Santa Cena; y también mostrando su compasión amorosa, por un lado, María



Santísima de los Desamparados, de la Cofradía de Pasión; y por otro, Nuestra Señora de Gracia y Amparo, que acompaña a Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia; y a su vera, la indulgente Señora de la Merced, del Prendimiento, amorosa y caritativa en medio de su trance de dolor, según la distinguió Joaquín Dubé; igual que captó Castillo Lastrucci, para nuestro alivio y aliento, a María Santísima del Consuelo, la del Silencio; porque, aunque sea callado, ¿hay algo que consuele más que el amor?.

El dolor que le provocó la pérdida de su mujer le llevó a Severo Ochoa a desdecirse de aquel convencimiento suyo de que el amor es sólo pura bioquímica. Confundía nuestro sabio, en esta idea, el apego con el amor. El primero es pura reacción de biología animal, que sólo busca proximidad y unión, es decir ser con otro. Pero, en el amor, el afán es ser para otro, por lo que la proximidad se llama compañía, que viene definida por el interés y desvelo hacía el tú de ese otro, igual que éste procede respecto a mí; es decir, por la atención mutua de las respectivas necesidades, y por el afecto apasionado.

La verdadera relación con Dios está en el amor, nos explicará el gran místico alemán, maestro Eckhart; "el verdadero tener a Dios está en la voluntad, no en pensar en Dios de forma constante y uniforme. El hombre no debe tener un solo Dios pensado, porque cuando el pensamiento cesa, cesaría asimismo ese Dios".

El amor demanda, junto a la proximidad y al mayor tiempo posible de unión, afecto y, a la vez, dedicación, solicitud, celo, cuidado, interés y desvelo. Por eso Dios, porque nos ama y es providente, viene al mundo encarnado, para estar junto a nosotros amándonos. Y por eso María navega sobre las olas hasta alcanzar las orillas de Almería, para quedar a nuestro lado, atenta a nuestras necesidades, por los siglos de los siglos.

De este modo el amor verdadero es transitivo, tiende a trascender el yo personal, y servir así, a las más altas cotas de valía del amado, para quien sólo busca lo mejor. Y pase lo que pase mostrará su fidelidad, su solicitud y su entrega. Virtudes que le dan fuerzas a María, para quedarse entre nosotros, como también le sostuvieron para seguir junto al Hijo crucificado, su Dios.

Jesús puede parecerle muy lejos, más está cerca de ella. Les separa el patíbulo, menos de un metro de alto, pero inaccesible; luego una sola losa del sepulcro, pero infranqueable; tres días mal contados, pero eternos... Parece remoto, incierto, pero él se le acerca con apacible voz: "Madre, he ahí tu hijo".

Y empieza el coloquio de los corazones, y el diálogo de las miradas; ya lo sabes, Hijo, sea cumplida tu palabra. Rematada tu misión, la mía de madre de Dios también ha dado cumplimiento; pero me encargas algo nuevo, y he aquí mi amor de madre para cada sr humano. Así sea, por siempre.

También yo, pobre humano, departo contigo, María. ¿Cuánto tiempo llevamos hablándonos? ¿Empecé yo o empezaste tú? Ya lo sé, la conversación entre tú y yo, María, la



empezó, junto a mi cuna, mi madre. Desde entonces, cuántos de mis afectos, cuántos de mis sentimientos, que creía perdidos, jamás llegaron a estarlos, porque tú, María, los guardabas con amor en tu corazón, como antes hiciste con los de Cristo. Las avemarías que te rezaba de niño, mis travesuras en tu Santuario, mis besos a tus estampas, mis pasos impacientes en tus procesiones, mis lágrimas al verte sufrir.

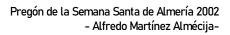
Y tantas veces me olvidé de ti, tantas veces vuelves a hacerte presente, siempre trayéndome nuevas emociones, nuevas esperanzas, y renovado amor. En estos vaivenes, tu amor siempre se revela como un hallazgo, que me conmueve —el amor mueve el sol y las otras estrellas, decía Dante-; y además, me impulsa a mirarte y me llena de amor. Porque al contrario de lo que dicen los poetas, el amor, al menos el amor por ti, no es ciego, sino que ama porque ve; pues en ti, María, se ve tu belleza, se ve tu permanencia entre nosotros, se ve tu fidelidad para con nosotros, se ve tu desasosiego por nosotros, se ve tu amor hacia nosotros. Gracias Santa María del Amor.

Ya basta; mi misión fue cumplida. El pregón queda hecho. Al fin también esto, palabras son, y se irán, con el aliento; pero afortunadamente nos quedará, como a maría, el silencio, la soledad, la esperanza y el amor.

Os digo adiós, Señor Jesús y Santa maría, con la bella oración que son los versos finales del poema unamuniano, El Cristo de Velázquez, que creo uno de los mejores cantos poéticos de toda nuestra literatura religiosa,

"De pie y con los brazos bien abiertos y extendida la diestra a no secarse, haznos cruzar la vida pedregosa -repecho de Calvario., sostenidos del deber por los clavos, y muramos de pie, cual Tú, y abierto bien los brazos; y como Tú, subamos a la gloria de pie, para que Dios de pie nos hable y con los brazos extendidos. ¡Dame, Señor, que cuando al fin vaya rendido a salir de esta noche tenebrosa en que soñando el corazón se acorcha me entre en el claro día que no acaba, fijos mis ojos de tu blanco cuerpo, Hijo del Hombre, Humanidad completa, en la increada luz que nunca muere; imis ojos fijos en tus ojos, Cristo, mi mirada anegada en Ti, Señor!

Gracias amigos por haber escuchado.





Almería, a 10 de marzo de 2002 IV Domingo de Cuaresma Real Monasterio de la Encarnación